




BOLETIN
DE LA
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES


Universitat Autònoma de Barcelona

Servei de Biblioteques
Biblioteca d'Humanitats
Sala de Revistes



SOCIEDAD

ESPAÑOLA
DE
EXCURSIONES

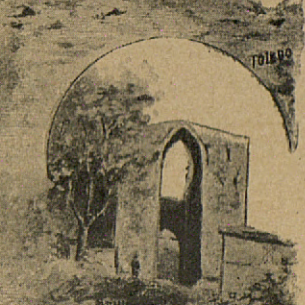
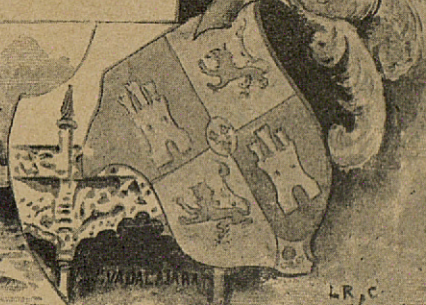
BOLETIN

TOMO VIII

ENERO Á DICIEMBRE DE 1900

MADRID

Imprenta.— Pasaje de la Alhambra, 1.



BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

AÑO VIII

Madrid, 1.º de Enero de 1900.

NÚM. 83

EXCURSIONES

EXCURSIÓN POR LA ESPAÑA ÁRABE

CONFERENCIA DADA EN EL ATENEO DE MADRID LA NOCHE DEL 23 DE MAYO DE 1899

(Continuación.)

Muy conforme estoy con la opinión del ilustre disertador, y quién sabe si en alguno de los edificios destruidos antes de las investigaciones arqueológicas, tales como el célebre Palacio de Az-Zahara, en la misma Córdoba, y otros monumentos de Valencia, Sevilla y Zaragoza, tendría comienzo este período de transición, del que es tan cierta su existencia como evidente la carencia de monumentos para su estudio; este vacío nótase lo mismo en el Oriente, verdadera cuna de la civilización islamita, donde la falta de datos para buscar su origen, hace permanecer en la obscuridad al período que señalan los siglos XI y XII, y el mismo concienzudo restaurador de la Alhambra, D. Rafael Contreras, que estudió este interesante y discutido período en su obra *Recuerdo de la dominación de los árabes en España*. (Granada, 1882); aun cuando cita muchas y muy características construcciones asiáticas y africanas, cuyos rasgos establecen cierta afinidad de formas y relaciones artísticas muy marcadas, como sucede con el Mirador de Lin-

daraja de la Alhambra, y la mezquita de Roshum en la Judía, y la torre de San Juan de los Reyes en Granada, que recuerda el minarete de la Madraza del Tlemecén; concluye opinando que es imposible hallar períodos de transición en un arte puramente oriental, extendido por medio mundo, y cuyo desarrollo dependió de las condiciones de mayor ó menor cultura que existían en el país conquistado.

Diffícil es resolver el problema, y no pudiendo hallar la solución de este punto dediquemos nuestra atención al más notable modelo del arte árabe, verdadero tipo de la época de su florecimiento.

Pero antes, visitemos la Giralda de Sevilla, torre de la antigua mezquita sevillana. Es un alminar notable, interesante modelo del período mal llamado *de transición*, porque fué solamente una *evolución* en la arquitectura árabe-hispana, dando lugar al que se ha llamado por algunos el *Ciclo Almohade*, que comprende de los siglos XII al XIII, y que tantos puntos de contacto tiene con el arte ma-

grebita, cuyo origen se encuentra en Marruecos, en Fez y en Tlemecén. Su planta es cuadrada. El cuerpo inferior es de sillares; lo demás, de ladrillo. El muro de su base tiene nueve pies de espesor, y va aumentando gradualmente conforme se va elevando la construcción, por lo cual la capacidad interior se va estrechando, acabando por formar una bóveda. Ocupa el centro un machón de robusta fábrica que contribuye á la consolidación del total, y sirve de alma para las 35 rampas ó pendientes que, sostenidas en bóvedas, facilitan la ascensión.

El estudio de la Giralda y su comparación con otras análogas construcciones en Rabat, Marruecos y Túnez, ha dado lugar á que algunos escritores, Batissier entre ellos, al hablar equívocadamente del estilo árabe en España, den á estos edificios y á otros famosos campanarios, como, por ejemplo, el de San Marcos, de Venecia, que presenta la misma planta y disposición, un origen común, suponiendo que Constantinopla ofrece el tipo de las torres de Venecia y Sevilla.

La construcción de su primer cuerpo comenzó, según se cree, el año 1000 de la Era cristiana, siendo su autor el moro Huever, arquitecto de Yakub-Ben-Yusuf, dándole la altura de 250 pies (70 metros); después, en el siglo XVI, en 1569, construyó el cuerpo superior, que tanto desdice, el arquitecto *Fernán Ruiz*, de cuya autenticidad me cabe dudar, porque tal maestro no figura en el *Diccionario* de Ceán Bermúdez, ni en el del Conde de la Viñaza.

Caracteriza el período culminante de la arquitectura árabe, *verdadero clasicismo* de la forma mahometana, la esbeltez y atrevimiento de la construcción, la riqueza y originalidad de los ornatos; presentanos este período un carácter típico en las arcadas, capiteles, cúpulas, así como en los azulejos y otros elementos componentes y accesorios que borran por completo los recuerdos bizantinos, deno-

tando una marcada influencia oriental.

El más peregrino ejemplar de la historia del arte que nos ocupa, existe en España, admírase en Granada y denomínase "Alhambra," (en árabe *Al'hamrá*), que significa "La Roja," sin duda alguna por el color rojizo del terreno en que está implantada y que se presenta en sus muros exteriores.

¡Granada! Última ciudad del islamismo, baluarte del Rey moro, reina de la poesía y de la hermosura, cuyo recuerdo evoca notable página de la Historia patria. ¡Yo te saludo! Voy á servir de mentor de las grandezas de tu ciudad árabe, que está en la Alhambra, así como la ciudad cristiana lo está en la capilla de los Reyes Católicos y la de los héroes en el Panteón de San Jerónimo; la pluma se estremece en mi mano al contemplar tu grandeza, y falta de imaginación para presentar tus galas, exento de condiciones para ensalzar tus gallardías, perdona que sólo me limite á exponer lo más notable que en tu recinto guardas, con serlo todo, que pálido resultaría aún sabiéndolo describir, y vago será siempre para el que ignore los secretos que del arte árabe conservas.

La Alhambra, como fortaleza, es obra de los siglos IX y siguientes. La arquitectura árabe, rica en los palacios, era dura, severa é inflexible en lo referente á fortificaciones, murallas, puertas, castillos y alcazabas.

Los materiales de que están hechas las diferentes construcciones de la Alhambra, no son los mismos en general; hay en parte, cantería y ladrillos unidos con argamasa, y abundan los muros fabricados de *tapia*, formados de tierra, cal y piedra pequeña, manera de edificar muy antigua en España y que los árabes se apropiaron también. La variedad en los sistemas de construcción, unida á las investigaciones arqueológicas, y sin olvidar las vicisitudes que la Alhambra ha sufrido en los diversos períodos de la Historia, son causa de las cuatro civilizaciones que en ella se observan, y que muy acertada-

mente agrupa en cuatro períodos, que en transcurso de doce siglos han dejado huellas indelebles, el ya mencionado don Rafael Contreras (1), y son, á saber:

1.º En los cimientos, imitados de las ruinas cartaginesas y fenicias, fraguados de piedras quebrantadas y morteros de sorprendente dureza, siglos VII y VIII, recordando los muros ciclópeos de los monumentos asirios.

2.º Período constructivo de piedra rodada y escombros de acarreo, mezclados sin afinamiento á la cal, uniendo los ladrillos en tandas alternadas con piedras grandes ó restos de construcciones antiguas, como sucede en la Puerta del Vino y en las torres frente del Generalife.

3.º Obras de argamasa de tierra cuarzosa y cal con pequeños cantos de piedra menuda rodada apisonando una capa de cal y otra de arena sucesivamente, estructura que marca los siglos XIV y XV.

Y 4.º Las obras de aristas de sillería y planchas de mármol que contienen y recalzan los arábigos torreones.

Esta es la Alhambra en conjunto; tal su desarrollo. Veamos algunos de los principales monumentos que tan preciado alcázar atesora.

Penetra, viajero, en el murado recinto; frondosas alamedas, cuyos corpulentos y elevados árboles, formando espesas bóvedas, no dejan atravesar la luz del astro rey, se presentan á tu vista, y por aquella misteriosa soledad, cuyo hermoso silencio perturban armoniosamente los murmullos del arroyo y los trinos de las aves, alterada tu marcha por tal cual gitana parlera é insistente, no por inoportuna menos característica del paraje, caminando vas con el ánimo embelesado, cuando te detienes á contemplar la Puerta Judiciaria, llamada de Bib-Xarca.

Aquí, según reza la tradición, administraba justicia un Cadí moro, según la

costumbre del Oriente, y es severa y sencilla, sólida en extremo, y debió estar coronada de almenas como lo demás de la fortaleza; ostenta dos *símbolos* (no *atributos*: el símbolo se refiere á la *idea*; atañe al espíritu; el *atributo* á la persona, se refiere á sus cualidades; afecta á la *materia*), que se ven en las claves de los dos arcos de entrada. En una hay esculpida una mano, que representaba la fuerza y el número de los dogmas mahometanos, que son cinco: oración, ayuno, limosna, peregrinación y guerra santa; era amuleto contra los conjuros; en ella creían tener la mejor defensa, y en todas las puertas la esculpían.

La llave no la miraban con menos respeto; era el signo principal de su fe; representaba el poder de abrir y cerrar las puertas del cielo.

Y por otra parte, nótese que esta puerta era llave de la fortaleza; pero parece comprobado, en contra de esta significación dada por algunos autores, que el símbolo responde á las creencias musulmanas, puesto que lo vemos reproducido en otras ocasiones diferentes.

El arco de salida, por el reverso, se descubrió en 1853, hasta cuya fecha estuvo cubierto y desfigurado, hallándolo tal cual hoy se encuentra. Su construcción es de ladrillo agramilado rojo, formando festones y las enjutas son de esmaltes sobre relieves de arcilla.

Déjase la Puerta Judiciaria, en cuyo interior se pueden ver los armeros de cien lanzas del Rey D. Fernando V, una imagen escultórica de la Concepción y la lápida que acusa la fecha de la conquista, y siguiendo una estrecha y empinada calle, se llega á la plaza de los Aljibes, antiguamente del Pablar, cerca de quinientos pies sobre el nivel del centro de la población, en la cual, á su derecha, se levanta una antigua puerta, notable ejemplar del estilo clásico de los árabes, la Puerta del Vino (1).

(1) *Estudio descriptivo de los monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba*.—Madrid, 1885; tercera edición, págs. 165 y 166.

(1) Llamo clásico á este estilo, y más en este

Esta puerta (llamada así porque en un bando de buen gobierno, publicado en 1564 en la Alhambra, se previno que los cosecheros de la vega depositasen en este sitio sus cargas hasta que fuese concluida la venta), es notable bajo todos puntos de vista, presentando dos sistemas de construcción, uno con los más delicados arabescos, de tierras vidriadas, con rica combinación de colores, y otra de sillares angostos y cortados, distribuidos con notable precisión, sobre todo su fachada occidental.

Dejemos á la izquierda, y por ahora, el árabe palacio, y sigamos el contorno, prescindiendo de modernas construcciones, que ninguna particularidad ofrecen, y sin detenernos á investigar cuáles debieron existir de las ya derruidas, no penetremos en la Gran Mezquita, hoy Santa María, ni en el Palacio de los Infantes, hoy exconvento de San Francisco, edificios en los cuales, si bien se han efectuado descubrimientos curiosos de arabescos y alicatados, no cumple á mi propósito entrar en disquisiciones arqueológicas respecto del particular, por otra parte sobrado conocidas por vosotros.

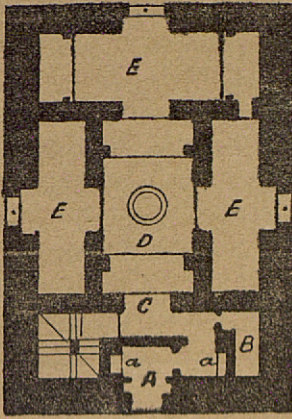
Lleguemos á la Torre de la Cautiva, preciosa habitación del más puro y delicado ornato, por manera extraordinaria, y brillante prodigado; todos sus elementos cumplen con su destino; el adorno es lujoso y soñado atavío de su material estructura. Fué esta torre restaurada en

elemento arquitectónico, porque opino que no es sólo clásico el estilo griego, como por rutina se le cree siempre; tan clásico fué éste como el siglo XIII, como el árabe en el monumento que admiramos. Clásico es el arte, sea cual fuere, del que se desprenden principios irrecusables y fijos para su práctica y teoría, y esto que acontece con la arquitectura, sucede con las demás bellas artes, la música, por ejemplo (que no es sólo en Alemania donde impera la escuela clásica), hay *clasicismo* en Haydn y Beethoven, como lo hay en Rosini y Cimarrosa, y en Gluk, que, aunque nacido en Alemania, desarrolló en Francia su escuela musical, por la naturaleza de su genio.

parte, hábil y concienzudamente, por el llorado arquitecto Contreras, cuya obra de conservación del palacio de la Alhambra continua con sumo acierto su hijo, nuestro querido compañero D. Mariano.

Los azulejos de este aposento son más ricos y variados de color que los mismos de la Casa Real, y los delicados ornatos conservan todavía en parte los brillantes colores y el oro con que estaban iluminados. Fué prisión de D.^a Isabel Solís, donde, según cuenta la leyenda, la visitaba el Rey moro, y supone la tradición que se descolgó de esta torre, por cuyo ajimez (notable, como elemento de composición arquitectónica) entraron los cristianos para asesinar al Monarca islamita, suposición algo gratuita á mi juicio, porque está tan elevada, que no se concibe el modo de escalarla. El panorama que la vista puede contemplar desde el hueco referido es precioso y realmente cautiva el ánimo del espectador, de suyo extasiado en aquella mansión, cuya mejor apología está descrita en una de las inscripciones cúficas que así dice: "*Es una torre defensiva (calahorvat) que contiene un alcázar resplandeciente como la luz de una hoguera. Dirás al verla: "Es una fortaleza y una mansión de alegría.", "Esta obra ha venido á engalanar la Alhambra.", "En el estuco y en los azulejos hay preciosas obras; pero las labradas maderas de sus techos aún son más elegantes.*"

No menos interesante es la Torre de las Infantas. En su totalidad es más elegante y tiene mejor distribución, sus adornos están colocados con más sencillez y se refleja en toda ella la pureza del clásico estilo árabe, existiendo en ella todas las comodidades de la vida oriental, como puede deducirse si se estudia su planta.



- A. Zaguán con techo de bóveda por arista, muy curioso, con la entrada á un costado para no descubrir desde fuera el interior.
 aa. Nichos ó alacenas para los centinelas de eunucos ó esclavos.
 B. Pequeño cuarto del guardia.
 C. Ingreso.
 D. Sala principal con fuente en medio.
 E. Alcobas con divanes cómodas, y abrigadas.

En el segundo piso otras estancias para las mujeres, más reservadas todavía, y desde el terrado bellísimo paisaje, desde el cual se descubre el Generalife y los hermosos jardines de la Alhambra.

No queráis ver más. La Torre de los Picos, llamada así por sus almenas; el Mihrab y Casa de Astario, escudero de Tendilla; la Casa de Mondéjar, derruída; la Torre del Príncipe ó Baño de Damas y Casa de Odaliscas, hoy de propiedad particular; La Puerta de Siete Suelos y las Torres Bermejas, son fortificaciones importantes en el Recinto de la Alhambra, con destinos especiales al mismo tiempo, y cuyos detalles son continuada reproducción más ó menos exacta de los ornatos y motivos que veremos en el Palacio. En todas ellas, la poesía formó parte de la ornamentación, y siguiendo la tradición arábiga, abundan las leyendas escritas en *metro kamil*, destinadas á ensalzar la obra realizada.

Las dos torres más notables entre las treinta y siete que existían antes de la invasión francesa, son las referidas, y, si antes de que visitemos la regia mansión

del caudillo nazarita, queréis asomaros á la Torre de la Vela, podréis contemplar el más sublime panorama que la mente puede soñar y la pluma se resiste á describir.

Una naturaleza pródiga de vegetación, y sorprendente por sus elevadas cumbres, hacen recordar las escenas de valor allá desarrolladas, presentando espléndido conjunto. La pintoresca vega se extiende á los pies del observador, mientras cien pueblos se destacan entre fragante verdura, que con su aroma embalsama el ambiente, y el constante murmullo de las aguas que, deslizándose en arroyos por las montañas, resuena de unas en otras comunicando su fructífera tarea entre encinas y olmos, pinos y naranjos, granados y laureles, con mil variadas y olorosas flores, nos transporta al más soñado Paraíso.

Mas esta impresión, con ser encantadora y más todavía, sublime, queda como olvidada al penetrar en el alcázar granadino. Describirlo al detalle es imposible; hacer un estudio analítico-filosófico de sus partes, tarea interminable que cansaría vuestra atención sobradamente fatigada: voy á presentaros los tipos característicos de su arquitectura, indicando someramente la idea principal que presidió en su construcción.

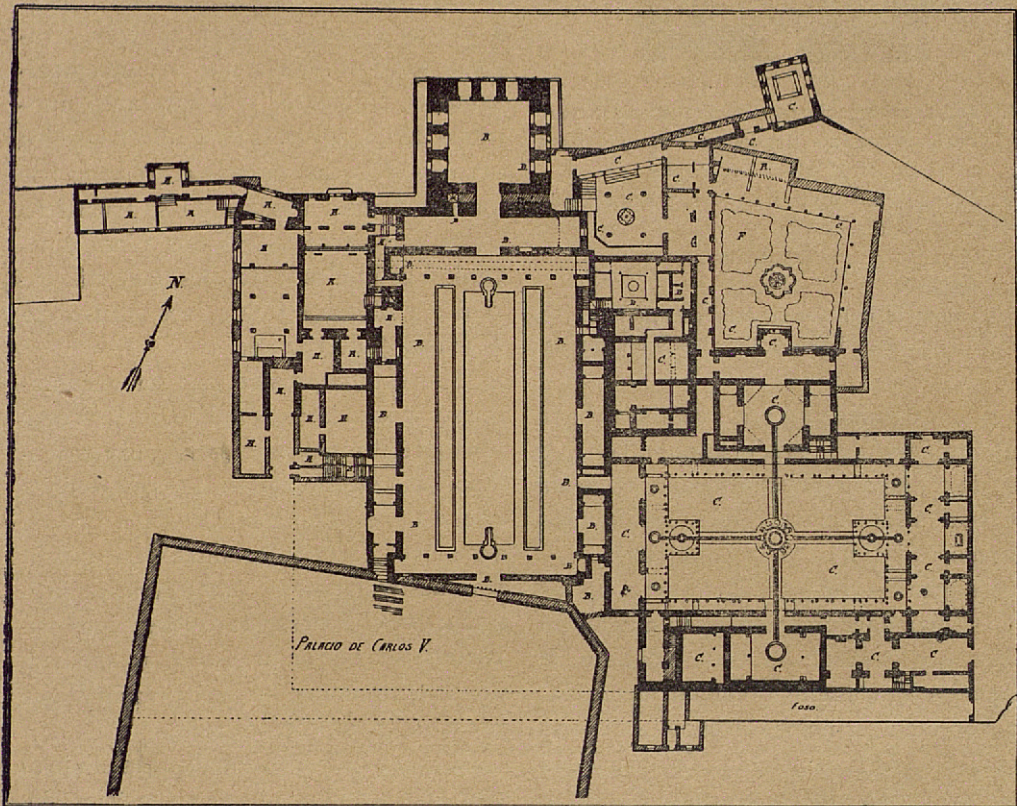
El Palacio de la Alhambra, es el ejemplar más armónico y la más clásica demostración de los ocho siglos de cultura y constante progreso en nuestra España, y no hay ninguno en la civilización moderna que haya alcanzado tal renombre; ni las civilizaciones agarenas del Egipto, Persia, Turquía ó África, consiguió desarrollar el exquisito gusto y la belleza sin cuento de la Alhambra granadina, último baluarte de la Reconquista, si tenazmente defendido no menos heroicamente ganado; obra de verdadero florecimiento artístico con irrecusables pruebas de originalidad, con permiso de sus muchos detractores, aunque sus construcciones no lleguen á la grandeza del pensamien-

to que predominó en la Mezquita de Córdoba.

Diversos edificios constituyeron la morada de los Reyes nazaritas que, construidos después de la Conquista á los Almoravides, creadores, por decirlo así, del estilo morisco, ofrecen en su distribución en planta notables diferencias originadas por la desigualdad del terreno, y de aquí que su estructura presente un

jes, que dió magueu al total desarrollo de su poderosa fantasía; el arte árabe que contemplamos en la Alhambra, manifestado con las tradiciones persas y bizantinas, tiene más idealismo oriental que europeo, y menos semejanza con los que nos presentan Córdoba y Sevilla; es original por tradición y superior á cuantos existen en el estilo mahometano.

En la parte que hoy se conserva, ha-



PLANO DE LA ALHAMBRA

EXPLICACIÓN: *A.* Palacio más antiguo.—*B.* Segunda construcción.—*C.* Tercera época.—*R.* Pasadizos modernos.—*F.* Habitaciones que fueron de D. Felipe I y su esposa.

carácter bien distinto de los demás, levantados en lugares llanos con grandes extensiones de terreno, como ocurrió con la Almunia de Valencia ó el Almami de Toledo.

El Palacio Arabe de Granada reúne, á la magnitud sencilla de los de Oriente, la rica ornamentación y el lujo de detalles que desplegaron los árabes en este período florido de su arte, atraídos, sin duda, por el más delicioso de los paisa-

bia tres palacios, en cuya disposición no existe la inflexible línea simétrica y rutinaria del greco-romano; no hay el trazado regular y á escuadra de los edificios del Renacimiento; es el arte aplicado á las necesidades de la vida lo que allí impera; adivínanse sus deseos y es tan variable por eso su traza en formas y proporciones, como inconstante en el uso de su refinado sensualismo; así vemos, y seguramente el artista y el arqueólogo ha-

brán caído en la cuenta, que al lado de habitaciones suntuosas y magníficas, llenas de fausto y riqueza, hallamos el mezzquino y estrecho *alhamí*; que para penetrar en el Patio de los Leones existe una puerta de medianas dimensiones, y en cambio son hermosas y elevadas las que dan paso al pequeño *diván*, donde apenas cabe el ajuar de una persona.

Entre sus muros se advierten y descubren las costumbres peculiares de la raza, y para cada virtud y para cada vicio hay una forma, un recinto, que conserva el rasgo de su carácter, ora heroico y majestuoso, ya meditabundo, cuanto cariñoso y galante, ó bien cruel y tirano (1).

En los tres grupos referidos se observa que no se corresponden para nada, ni en sus muros, ni en sus ejes, ni en la forma, disposición y dimensiones de sus cámaras y cada uno forma de por sí un edificio aislado que satisface á las necesidades de aquellas épocas, sin que tengan tampoco relación los ornatos empleados; pero cada uno de ellos sométese á una minuciosa red geométrica, dentro de la cual tienen su razón de ser los distintos elementos arquitectónicos existentes.

El primero de ellos pertenece á la construcción más antigua. En él observamos la forma de arco de herradura del tiempo del Califato: el dintel cuadrado, en algunas puertas el capitel bizantino, el artesonado plano y el ornato seco y sin enlace, muy parecido al de Egipto y Túnez; pilastras en vez de columnas, y menos desenvoltura y grandeza, en una palabra.

El segundo palacio fué construído muchos años después por Mohamed V, y se le conoce con el nombre del de Comareh, por hallarse en él la sala de este nombre ó de Embajadores y su tipo más notable es el patio de la Alberca ó de los Arrayanes, que ocupa todo el centro de este edificio, señala el período de grandeza

para el arte de los árabes, lo mismo que para su historia.

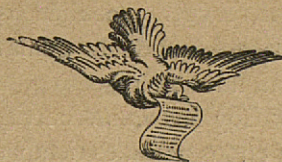
Es muy de notar en esta obra un detalle importante; la galería alta muestra una decoración con tendencia á suprimir los arcos, recurso extraño en la arquitectura granadina, que se nota también en el cuarto de las Camas y en la antigua cámara de la Torre del Mirador, nótanse igualmente en la galería baja así como en alguno de los arcos del mismo patio adornos muy distintos de los demás, consistentes en labores de ramas con hojas angulosas de singular aspecto, que son raras en Granada, constituyendo una como aberración, que pudiera ser recuerdo del arte sarraceno de la India (1).

La forma típica y clásica de este patio es digna de llamar la atención; en él se ponen de relieve los detalles de la vida íntima del pueblo árabe, como lo acreditan la multitud de estancias, la diversidad de proporciones y ornatos de las diversas puertas que comunican á variadas habitaciones, cuyo destino se adivina fácilmente. Son notables en este patio las dos columnas centrales del cuerpo que dá entrada á la sala de Embajadores, y sus capiteles bellísimos están labrados de una manera acabada y perfecta; sus adornos se hallan policromados de oro y azul y el collarino en extremo robusto no quita esbeltez á la forma, dibujándose las basas por suaves curvas, recuerdo verdadero del arte ojival, resultando preciosos y notables ejemplares.

Luis Maria Cabello y Lapiedra,
Arquitecto.

(Se continuará.)

(1) Palacio de Ahmedabad. Fergusson, London, 1876; y así debe considerarse dando crédito á tan autorizada opinión como la del Sr. Riaño, que la sostiene. (Discurso citado, pág. 24.)



(1) Véase la planta adjunta y su descripción donde se detallan los tres palacios.

EXCURSIONES ARQUEOLÓGICAS

POR

LAS TIERRAS SEGOVIANAS

CUADRO GENERAL

LA provincia de Segovia es rica en monumentos medioevales de carácter religioso y militar. La capital, Sepúlveda, Cuéllar y Santa María de Nieva, reúnen un precioso conjunto de templos donde pueden estudiarse, bien representadas, las diferentes fases del románico, el arte llamado *mudejar* y los tipos de transición entre los diversos períodos de esta gran época histórica. Cuéllar, Pedraza, Turégano y Coca, ostentan castillos de variadas líneas y en distinto estado de conservación, con elementos y detalles que plantean muchos problemas arqueológicos.

No es empresa difícil de realizar la visita á las precitas localidades. Pueden recorrerse todas en poco tiempo, saliendo de *Segovia* por la carretera que va á *Torre-Caballero*, y separándose de ella, á 35 kilómetros, en *La Velilla*, para entrar en *Pedraza* que aparece poco distante á la derecha. Sobre la misma vía, y á 56 kilómetros, se encuentra *Sepúlveda*. De la última población parte otro camino á *Turégano*, y con éste enlaza la calzada que va á Cuéllar. Es fácil luego pasar de aquí á *Coca* y tomar la línea férrea que lleva en unos cuantos minutos á Santa María de Nieva, y en poco más de una hora al punto de partida.

Encuéntanse entre unas y otras varias ruinas y algunos muros lastimosamente jalbegados, prueba fehaciente de la cantidad extraordinaria de joyas arquitectónicas existentes en la comarca antes de que imperasen, en los siglos XVII, XVIII y comienzos del actual, la decadencia de la genialidad artística y la falta de respeto á las obras antiguas. Hoy nos vamos corrigiendo de la última en los actuales tiempos de estu-

dio y de amor hacia los trabajos de todas las épocas. Entre las fábricas en tal estado merece citarse la *Virgen de las Huertas*, á 31 kilómetros de Segovia por el camino de Sepúlveda. Se halla encalada, cegado el pórtico y alteradas muchas de sus líneas, quedando, no obstante, los elementos suficientes para incluirla entre los restos del siglo XII y lamentar su deterioro. En algún capitel exterior se ve la sirena con doble cuerpo de pescado y dos ventanales tienen dientes de sierra y cabezas humanas en sus columnillas.

Despiertan las poblaciones citadas, en grado muy diferente, el interés de los observadores. Descontada la capital, debe colocarse en primera línea *Sepúlveda* con sus templos románicos, é inmediatamente después *Cuéllar* con los suyos mudéjares. Síguelas *Santa María de Nieva*, poseedora de una sola iglesia y un solo claustro de comienzos del siglo XV; pero muy dignos de estudio por sus formas arcaicas y el acento de las primeras construcciones de los Dominicos. Ocupa el tercer lugar *Turégano*, célebre por su castillo, la singular iglesia de transición en él encerrada y el ábside de su parroquia, que carece de arte y de carácter en sus restantes elementos. Atrae Coca al viajero con la bella silueta de su antigua fortaleza é interesantes sepulcros, y cierra la serie Pedraza con *reminiscencias* de vetustas contrucciones, que apenas merecen el nombre de restos.

Abrazando en un cuadro completo los monumentos de todas las épocas y siguiendo el orden cronológico, deberá colocarse la primera Segovia por su magnífico acueducto, digno de competir con las buenas fábricas de Roma; pero atendiendo sólo al arte cristiano ha de comenzarse, al contrario, por Sepúlveda, donde quedan algunos elementos de carácter prerrománico. Por la sucesión de sus fechas se extienden las construcciones en esta comarca de Oriente á Occidente, llegando hasta Santa María de Nieva, que muestra asociadas en sus re-

lieves del siglo XV cien escenas de líneas y tradiciones de comienzos del XIII, con libertades y asuntos de fines del período ojival.

Sirven de enlace entre la segunda y la tercera, las joyas arquitectónicas mucho más estudiadas de la *capital*. Los templos de San Martín, San Lorenzo, San Millán y San Esteban, guardados en ésta, presentan plantas y elementos decorativos á que pueden compararse los de sus villas hermanas. Mas tanto en Sepúlveda como en Santa María de Nieva, hay algo que no se adapta á las líneas generales del cuadro formado por los precitos monumentos, y que exige, por lo tanto, análisis y estudios especiales

Los legados clásicos, las tradiciones bizantinas, la corriente nórdica en sus diversas ramas y las influencias islámicas, tienen su representación en los edificios de esta provincia, señalándose la mayor ó menor intensidad de su energía en plantas, bóvedas, torres, portadas, ábsides y elementos decorativos que componen un rico museo donde pueden estudiarse todas las genialidades que intervinieron en las creaciones medioevales. Causa, sí, profunda tristeza, el pensar que es éste un museo amenazado de próxima ruina en la mayor parte de los ejemplares que le avaloran, y que no se halla tan extendido, como debiera estarlo, el convencimiento de la importancia positiva que su guarda tiene para los pueblos, dependiendo del amor que en éstos despierten su salvación ó su pérdida.

En la capital se ha arruinado, en nuestros días, *San Juan de los Caballeros*, pasando, afortunadamente, los sepulcros que contenía, á otro recinto; amenaza desplomarse la artística torre de San Esteban, arrastrando en su caída el bello templo del XII; ha sufrido retoques sin cuento San Lorenzo, que tan bellos ábsides y canecillos conserva; se rehizo discretamente, no ha mucho, parte del presbiterio de San Millán, que presenta encajados los canecillos de sus muros late-

rales y cegado su pórtico; alteraciones análogas se observan en San Martín, que es la parroquia románica mejor conservada; se mantiene en pie, por un prodigio, en medio de su abandono, el bello edificio de los Templarios, llamado la *Vera Cruz*, hermano de uno de los que forman las *siete iglesias de San Stéfano* de Bolonia, y parece fortaleza acabada de saquear, el monasterio del Parral, con su robusta torre, su imafrente incompleto, sus capillas privadas de altares, su sacristía desalquilada y su nave fría, donde sólo ostenta el presbiterio las señales de su antiguo esplendor en el hermoso retablo y las ricas tumbas de los Marqueses de Villena, cuyos bultos orantes vuelven la espalda á tanta desolación.

En *Sepúlveda* abundan también los escombros y los jalbegos, y por lo mucho que resta, puede juzgarse de la importancia arquitectónica que debió tener cuando aún existía lo mucho que ha desaparecido; su templo principal, San Justo, podría confundirse, por fuera, con una vivienda recién construída, y Santiago no ha salido mejor librado de las manos de los maestros de obras. *Cuéllar* produce penosa impresión con sus numerosas joyas, en gran parte, irreconocibles. *Pedraza* emociona sólo vista desde lejos ó en su ingreso, presentando luego, dentro, arcos ojivos muy severos, sobre tapias modernos; bellos garitones del siglo XV junto á troneras del XVIII; capiteles con palmetas en los altos ventanales de su torre, unida á una iglesia donde impera el gusto aldeano de nuestros días. Turégano y Coca se prestan á descripciones análogas, amalgamándose líneas bellas con feñsimas adiciones, siendo de admirar que haya sobrevivido tanto arte á tan rudos embates de pasadas ignorancias.

Á la larga y tenaz acción destructora de los hombres y de los agentes físicos de las últimas centurias, se han unido en estos días las terribles energías del fuego. Los repetidos accidentes de este género han dificultado el estudio y la con-

servación de algunas notables fábricas, hoy que con tanto interés comienza ya á mirárselas en nuestra época de rápido desarrollo en la devoción por todas las ciencias. En el año de 1863, ardió el renombrado Alcázar, que hoy se alza por fin rejuvenecido, con su linda torre de Juan II, aguardando á que las lluvias le ennegrezcan algo, dándole la respetabilidad que le falta. En la noche del 2 al 3 del último Agosto, redujeron las llamas á escombros ennegrecidos las techumbres de madera, los arcos de herradura, los arquillos lobulados y los capiteles con piñas que hacían del *Corpus Christi* una rival de Santa María la Blanca de Toledo. En el mismo momento de escribir estas líneas, anuncia el telégrafo que en la mañana del 6 de Diciembre se ha quemado el antiguo convento de Santa María de Nieva, salvándose, por fortuna todo lo artístico, reducido á su iglesia y su claustro.

Consérvanse, sin embargo, elementos en suficiente número para acometer análisis especiales de cada uno de los miembros arquitectónicos en los templos levantados en la provincia desde fines del siglo XI al XIII, primero, y del XV al XVI, después. Adviértese, sí, entre aquéllos y éstos una gran laguna, debida, en parte, á la destrucción de fábricas como la Catedral antigua, y en parte, también, á la falta de impulso creador durante el siglo XIV. Ni la comarca cuyo estudio nos ocupa, ni algunas de sus más próximas vecinas, participaron en la centuria citada del espléndido movimiento que animaba á Burgos y Toledo, en rivalidad con otras muchas ciudades de las más opuestas regiones de nuestra península (1). El siglo XII fué para ella la edad de oro de su arquitectura, y á este período y años próximos, pertenecen los edificios

(1) En Ávila se amplió el crucero y se rehizo la nave de la Catedral. Los demás monumentos de importancia son anteriores ó posteriores al siglo XIV, notándose en ella la misma solución de continuidad. Algo análogo puede decirse de

cristianos más notables con que convida al artista y los miembros dispersos con que puede enriquecer á los Museos.

Tiene todavía interés el estudio de los ábsides románicos en San Millán, San Lorenzo y San Martín, de la capital, y San Salvador y la Virgen de las Peñas, de Sepúlveda, tanto como le despierta el de los mudéjares de *Cuéllar*, que aproximan el arte de esta villa al arte toledano. Presentan torres cuadradas, no exentas de alteraciones, las dos citadas iglesias de Sepúlveda y el San Esteban, de Segovia. Es digna de especial examen la planta, construcción y cubierta de la Vera Cruz, que describió de un modo tan competente nuestro compañero el Sr. Lampérez. Lucen ingresos, con variedad de esculturas, la Virgen de las Peñas y San Martín, antes nombrados, y Santa María de Nieva, que debiera ser francamente ojival por la fecha de su erección.

Mas la especialidad que distingue este cuadro artístico de los presentados por las tierras de Soria, Ávila y Salamanca, es la conservación de los atrios ó pórticos, que faltan casi en absoluto en las demás (1). Los hay en la capital y en Sepúlveda, y aunque todos ellos presentan señales de restauraciones que no ha ennoblecido por completo el curso de los siglos, causa gratísima impresión su vista y despiertan con sus líneas la curiosidad del arqueólogo.

Los relieves de los capiteles, canecillos, metopas y sofitos de los monumentos románicos que subsisten en la provincia bastarían por sí solos para formar un álbum muy rico de las representaciones más prodigadas en aquel período histó-

Salamanca. Las tres tuvieron una gran actividad artística en el período románico y un renacimiento desde los Reyes Católicos hasta los Austrias.

(1) Ávila presenta un pórtico en el exterior de San Vicente; pero claramente se advierte que es de época muy posterior. El carácter de algún sepulcro en él conservado, inclina á creer que sustituyó á otros de líneas más en armonía con las del edificio.



Fotogr. de José Macpherson

Fototípia de Hauser y Menet.-Madrid

SEGOVIA
SAN MILLÁN: PÓRTICO

rico, permitiéndonos discernir lo que se transmitía con patrón de unas á otras comarcas, y lo que es signo de una espontaneidad que había de preponderar con el tiempo en la obra artística. Un análisis detenido de las toscas é interesantes esculturas muestra que se aunan en ellas uno y otro factor de creación, siendo mucho lo que se repite y bastante también lo que se crea por lenta modificación de lo anterior ó directa copia de los objetos naturales. Las fuerzas humanas que produjeron los perfiles primeros y más elementales, no se anularon en el espíritu de nuestros semejantes y siguieron ejerciendo su acción á través de los siglos, añadiendo siempre algo nuevo al caudal recibido de las generaciones anteriores.

Tres capiteles restan en las ventanas del mutilado y bello ábside de la parroquia de *Turégano*, y en los tres se ven escenas repetidas, pero en diversos grados y de orígenes correspondientes á distintos períodos. Combaten dos jinetes, lanza en ristre, y dos peones cuerpo á cuerpo, como luchan en muchos edificios españoles caballeros y hombres de armas islámicas y cristianos; varias aves iguales encorvan y dirigen al suelo su largo cuello picándose la extremidad de sus patas, y llenan con sus cuerpos el tercer capitel, del mismo modo que llenan los que abundan en bastantes edificios extranjeros. En otros monumentos de la comarca están más localizadas, entre cien ejemplos, las cacerías de aves, bestias feroces ó alimañas, que aparecen en armonía con las costumbres del país.

Segovia está colocada en la importante región románica que ocupa el centro de España y señalan, en términos generales, los cursos del Duero y sus principales afluentes. Se unen á ella para componerla, en primer término, las provincias de Avila y Salamanca extendidas al Sur del río, las de Soria y Zamora atravesadas por él y algunas pequeñas porciones al Norte. Las que se encuentran más lejanas en la última dirección pertenecen á

otras zonas artísticas de carácter bastante diferente. Apreciando en estos núcleos semejanzas, distinguiendo contrastes y fijando filiaciones, se recoge gran cosecha de datos para la geografía arqueológica española, de que ya hemos hablado en otros escritos (1), y cuyo progreso ha de proporcionar la resolución de problemas que hoy parecen irresolubles en la historia patria.

La amplia faja presenta al Oriente los claustros más bellos del estilo románico y las más interesantes cúpulas al Occidente. Mirando á la corona de Aragón tiene Soria las galerías completas de su Colegiata de San Pedro, las destechadas de San Juan de Duero y las que van desenterrándose en Santa María de Huerta. Frente á Portugal ostentan Zamora y Salamanca las linternas de sus Catedrales, y la de Toro, tan bellas y tan sugestivas para los arquitectos y anticuarios. En cada grupo de edificios hay líneas que no se extienden y perfiles que se propagan de capa en capa como las ondas sonoras. El acento del imafrente de Santo Domingo en Soria, con dos órdenes de arquerías indicadas, y los arcos cruzados de San Juan de Duero no se repiten en las demás ciudades: el ábside de *San Juan de Rabanera* de la misma, que tiene por su planta el acento del de San Martín de Surroca y otros catalanes, se enlaza, por modificaciones suaves, con algunos de Salamanca, presentándose como especies diferentes dentro del mismo género los de las provincias intermedias.

Obsérvanse también contrastes tan marcados como el existente entre la rica ornamentación segoviana y la severidad imperante en la avilesa. Los miembros arquitectónicos de ésta se hallan por lo común menos poblados de seres, y, entre los existentes, *no predominan* las mis-

(1) *Sentimiento de la naturaleza en los reliques medievales españoles*. Por un estudio de la distribución geográfica de los monumentos comenzamos también la dedicada á los *Claustros románicos españoles*.

mas formas que en aquélla. Los cuadrúpedos colgantes de un capitel de San Vicente de Avila y los leoncetes, palomas y esclavos en cuclillas de esta misma iglesia y San Pedro, aparecen sustituidos en tierras de Segovia por las variadas bichas con alas arpadadas y personajes con capa, cual miembros de un concilio, de San Martín; las escenas bíblicas de San Millán; las luchas de cigüeñas con serpientes, de San Lorenzo; las cabezas de lobo, persecuciones de presas por perros y singular emblema del pecado original (1), repartidas también entre los precitos; los animales ú hombres con cabeza de toro dotada de rostro humano, de San Salvador y San Justo de Sepúlveda, y la brega de cazadores con osos, presentada bajo diversos aspectos desde el siglo XII á los comienzos del XV lo mismo en la Virgen de las Peñas que en el claustro de Santa María de Nieva.

No puede hoy incluirse esta provincia entre las ricas por la variedad de objetos contenidos en sus templos: las dos ciudades que fueron repobladas, como su capital, por el Conde Raimundo de Borgoña la aventajan en tallas de madera, en retablos y en espléndidos enterramientos. Hay trabajos artísticos en los que siempre estuvo pobre y hay obras en que lo es hoy por haberlas perdido. Su monasterio del Parral poseía una sillería interesante del siglo XVI con numerosas escenas del Apocalipsis, que puede verse ahora en el Museo Arqueológico Nacional en Madrid.

Conserva, no obstante, un bello altar mayor en este convento y otro de Juan de Juní en una capilla de la Catedral. El hermoso Cristo, de autor desconocido, que se enseñaba en la casa de la Marquesa de Lozoya se ha trasladado á la ante sacristía de la iglesia episcopal. Guarda im-

portantes lienzos aquí y lindas tablas del siglo XV en San Martín. Varias imágenes del siglo XIII y del XVI avaloran la iglesia de Santa María de Nieva, y el Espinar se muestra orgulloso de su famosa cortina.

Inútil es buscar en sus monumentos aquella variedad de sepulcros de Avila y Salamanca, que componen una extensa colección de modelos del arte funerario castellano con las principales fases de su desarrollo desde el siglo XII hasta fines del XVI. Nada hay en Segovia comparable á la urna de los mártires en la primera, ni á las tumbas que ocupan un brazo del crucero en la Catedral vieja de la segunda. Mas no puede afirmarse, sin embargo, que no se labraran algunos con esplendidez y que no haya nombres que ennoblezcan las losas bajo las cuales descansan los que los llevaron en vida.

En una habitación del Parral se han reunido dos de los supuestos ó reales conquistadores de Madrid, llevados desde San Juan; otro con estatua yacente de un caballero, en la singular actitud de colocar una pierna sobre otra, análogo al de Payo Gómez Charino en el San Francisco de Pontevedra, y la lápida con el nombre del diligente cronista Diego Colmenares. En la iglesia del mismo monasterio siguen en su sitio los de los Marqueses de Villena y el de Beatriz de Medellín, hija bastarda del noble cortesano. En San Martín hay sarcófago y bulto de comienzos del siglo XVI. En San Miguel está Laguna, el famoso médico de Felipe II, que comentó el *Dioscórides*, y en una dependencia del claustro del templo principal se ve la urna pequeña y la estatuilla diminuta del Príncipe del siglo XIV, que murió cayendo desde un balcón del Alcázar por un descuido de su nodriza, que se precipitó luego tras él (1).

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

(1) Uno de los canecillos de *San Lorenzo* contiene la representación del pecado original en la misma forma naturalista y casi con iguales líneas que en el canecillo colocado en el centro del imafrente de *Santa María de Sangüesa*.

(1) Son también notables los de *Coca* y los dos ojivales con detalles de influencias islamitas que existen en *Cuéllar*.



Fotogr. de José Macpherson

Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid

SEGOVIA

SAN MILLÁN: INTERIOR; LADO DEL EVANGELIO

SECCIÓN DE CIENCIAS HISTÓRICAS

RECUERDOS DE TOLEDO

EN LA EDAD MEDIA

Inscripción koránica de una viga mudejár

APARECIDOS á la casualidad en la Corraliza del Nuncio, huerta de las Carmelitas, guarda en su Estudio el celebrado pintor toledano y nuestro antiguo amigo Ricardo Arredondo, con otros restos mudejares, dos fragmentos de una viga, de distinta longitud, y ambos labrados en dos de las cuatro caras que la constituyeron. En la inferior y más estrecha, llevan entallada labor de tracería, formada por cintas dobles que se mueven paralelas y geoméricamente, para fingir estrellas, en cuyo centro destaca una flor característica, y en la cara lateral, que es más ancha, se muestra una inscripción arábica, que contiene las aleyas ó versículos 46, 47 y 48 de la Sura XV del Korán, escrita en aquellos gallardos caracteres cúfico-ornamentales de relieve, tan peculiares y propios de Toledo, que no aparecen en parte alguna semejantes.

El primer trozo, que es también el de menor longitud, carece del principio del epigrafe, fácil de suplir por su naturaleza, y en él se halla íntegra la aleya 46, con varias palabras de la siguiente, en esta forma:

[بسم الله الرحمن الرحيم] = 46 = أدخلوها
بسلام آمنين = 47 = ونزعنا ما في

[En el nombre de Alláh], el Clemente, el Misericordioso! = 46 = Entrad en paz y confiados = 47 = Hemos arrancado lo que habla en...

Del segundo trozo, falta un pedazo en la parte superior de la cara epigráfica; pero resulta claramente legible, continuando la citada aleya 47:

صدورهم من غل اخوانا] على سرر متقابلين
= 48 = لا يهسههم فيها نصب وما هم منها
بمخرجين]

... sus corazones de falsedad. Os hemos hecho hermanos en el lecho, frente á frente = 48 = No les afligirá en ellos mal alguno, y no serán del número de los expulsados.

Los caracteres todos que resplandecen en estos interesantes restos mudejares, no consienten que su labra pueda ser más allá remontada del siglo XIV; y probablemente la viga, á semejanza de lo que ocurre en la casa de la *calle de la Soledad*, núm. 4, en la del *callejón del Sacramento*, número también 4, y en una de las puertas de lo que fué *Palacio del Marqués de Villena*, por nosotros recientemente reconocidos estos dos últimos edificios, en la propia Toledo, debió figurar en el zaguán de alguna señorial morada que más tarde entró á formar parte de las casas en que fué fundado el convento de Carmelitas, á cuya huerta pertenece el lugar donde ha aparecido.

Dedúcese de aquí, con entera probabilidad, que el artífice mudejár por quien fué entallada, hubo de esculpir esta inscripción koránica como especie de salutación dirigida al visitante, dando esta interpretación á los versículos del libro de Mahoma, que se refieren precisamente al paraíso.

De cualquier modo, son restos estimables en todos conceptos, así por revelar la existencia de un edificio interesante del siglo XIV, ya desaparecido, como por la inscripción, y por el elegante dibujo de los signos cúfico-ornamentales en que ésta se halla escrita, celebrando hayan ido á parar estas memorias á manos del Sr. Arredondo, quien sobre saber apreciarlas, las conservará, y acaso haga un día donación de ellas al *Museo* de la provincia, donde estarán libres de todo extravío y deterioro, y no acontecerá con ellas lo que con otros muchos restos

de igual naturaleza, utilizados unos en artísticas galerías de salón para cortinajes, y otros, ¡dolor causa decirlo!, para alimentar el fuego de las chimeneas.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

CONFERENCIAS DE LA SOCIEDAD

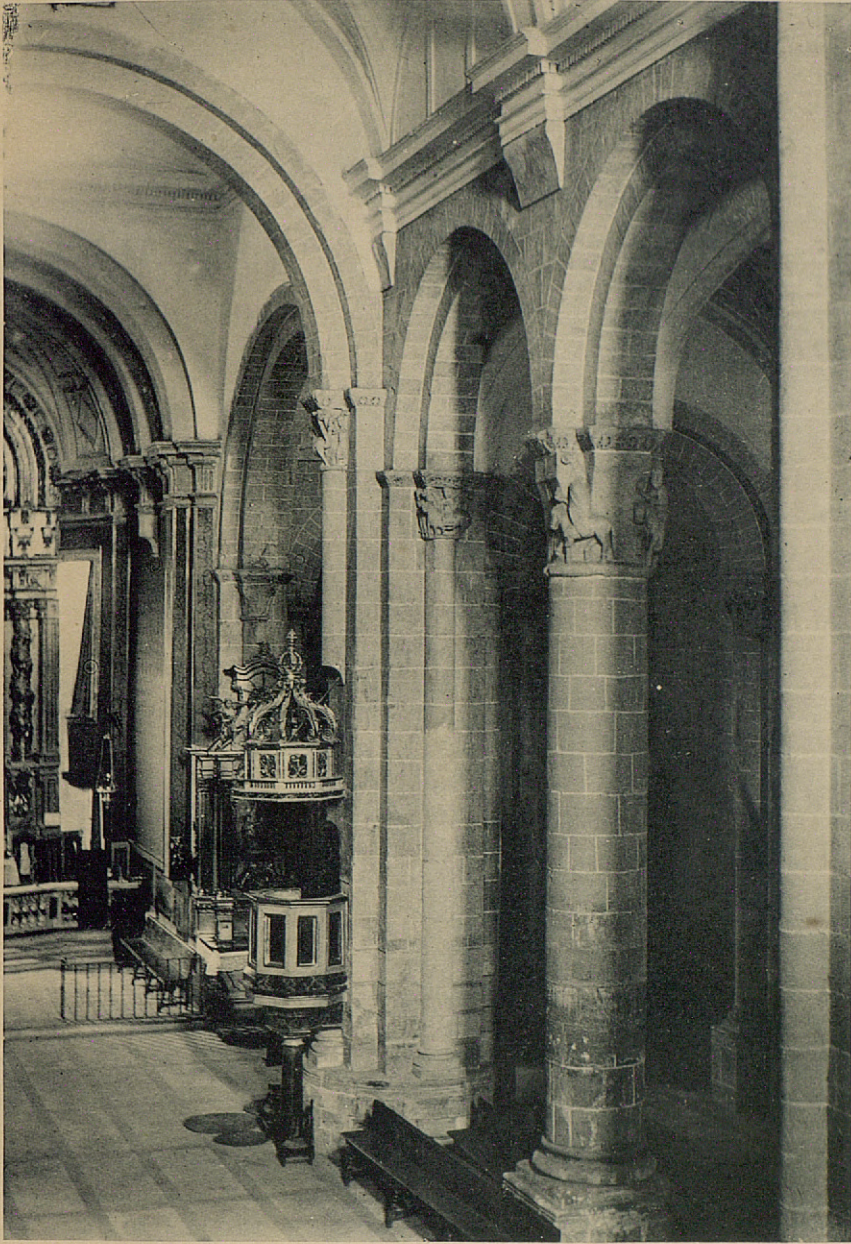
CIUDAD-RODRIGO

Conferencia leída en la Sociedad Española de Excursiones la noche del 7 de Febrero de 1899.

Es extraño que entre las tres vías que establecen comunicación con Portugal, desde el centro de España, sea la mejor y más pintoresca la menos utilizada, mientras que la más larga, molesta y desprovista de atractivos es la que se adopta generalmente, para llegar á las playas del litoral atlántico portugués que, como las del gallego, son las más frescas en las costas ibéricas. Descartando la vía del Duero que, si bien es la más pintoresca desde el punto de vista de los paisajes por atravesar la comarca más rica del país del vino y cuya cuenca no tiene acaso igual en toda la Península, es la que guarda al viajero, en cualquiera época de la estación central del año, los tormentos que Dante representa en algunos puntos de su inmortal poema: el mejor camino desde Madrid, es el de Medina del Campo por Salamanca, Ciudad Rodrigo, Beira Alta, á empalmar en la línea general en Coimbra. Es la más corta y la menos calurosa, si se toma con las prudentes precauciones que calcula quien no se aviene á someterse en absoluto á la esclavitud momentánea de los billetes económicos ó circulares. Es la más interesante y variada para quien aspira á disfrutar de las ventajas de los cambios de ambiente, al mismo tiempo que de la contemplación de muchos monumentos de los que aún nos quedan en España y de los espléndidos paisajes que ofre-

cen las regiones montuosas y marítimas de Portugal. Desde Madrid á la frontera, esperan al viajero: Ávila y Salamanca, riquísimos museos arquitectónicos de los siglos medios del renacimiento; Ciudad-Rodrigo con una Catedral tan poco estudiada como profundamente interesante, su alcázar del siglo XIV y su brillante historia político militar, que comenzando á mediados del siglo XII perduraba brillante en los principios del XIX.

La ciudad de Guarda, centinela avanzado de Portugal, le recibirá en la frontera anunciando desde elevada posición su fuerte castillo y fortalecida Catedral, que fué el baluarte defensor del paso del centro de Castilla, con Pinhel, *Guarda mayor de Portugal*, según dice su blasón, y que á lo lejos se divisa, con *Freixo da Espada á Cinta y o cabecinho de todo o mundo*, como, con su acostumbrada modestia, llaman los portugueses á un picacho de la sierra. Desde aquí comienzan pintorescas campiñas del valle del Mondego con sus pinares cultivados como jardines; Frexneda, con sus frondosos fresnedales que le dan nombre; los pintorescos valles de Cannas de Senhorim, en que se conservan curiosísimos *dolmens*; Oliveirinha con sus olivares, que si no recuerdan precisamente los de Córdoba, dan al paisaje una variedad de matiz agrisado en medio del tono caliente de los no interrumpidos pinares; Santa Comba Dao, paisaje que haría suspender su ruta á cualquier pintor; y por fin, la Sierra de Luzo, por el pie de la cual serpentea la vía férrea ofreciendo al viajero, en sus multiplicadas curvas, espléndidos paisajes en sus amplias cañadas y elevadas vertientes, cubiertas hasta las cumbres de exuberente y viciosa vegetación, casi exclusivamente conífera en las laderas; y vastos maizales, salpicados de blancos caseríos en el seno de navas y cañadas. ¡O Bussaco! ¡Qué



Fotogr. de José Macpherson

Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid

SEGOVIA

SAN MILLÁN: INTERIOR; LADO DE LA EPÍSTOLA

pocos españoles conocen este maravilloso monte, nunca cortado, verdadera selva virgen, en cuyo seno encuentra el viajero, á la sombra de los famosos cipreses de Goa, plantados en el siglo XVI, todo género de comodidades, recuerdos históricos de la guerra de la Independencia y el más espléndido panorama, que se contempla á una altura de 200 metros, con Coimbra cerca y el Atlántico limitando el horizonte.

El entusiasmo por esta hermosa excursión me ha hecho traspasar la frontera con sobrada celeridad. Demos contravapor y dispensad la escapada.

Visitar una ciudad antigua sin conocer algo de su historia, es ir dispuesto á recibir más desengaños de los que sobradamente nos guarda siempre la realidad de su nombradía. De modo que aun quien sólo sepa de Ciudad Rodrigo lo que cualquiera *Manual del viajero* haya podido decirle, ó quien no haya olvidado por completo los hechos históricos en que desempeñó papel importante, no puede acercarse á ella sin algo de emoción, de interés ó de curiosidad. Aunque sea un inglés, pues seguramente no ignorará que el nombre de Ciudad-Rodrigo quedó vinculado con el título de Duque en la familia del famoso de Wellington, en memoria de haber arrojado á los franceses de su recinto con ayuda de las tropas españolas, el año 11 de este siglo.

Pero el aspecto que ofrece la ciudad por su parte Norte, cuando desde el llano se va ascendiendo la suave pendiente de la loma sobre que asienta, no puede ser más melancólico ni insignificante. Quien recuerde hechos de guerra de pasadas Edades, podrá imaginarse que ha sido reciente presa de huestes enemigas y que según usos de aquellos tiempos, las murallas que la cercan han sido desmochadas perdiendo su almenaje, abatidos sus to-

rrerones, arrasadas sus barreras y barbancas. En línea seguida de vulgar tapia, sólo presentan hoy sus murallas, como accidentes, algunos huecos en su parte alta, que si desde lejos parecen huellas de su destrucción, á medida que se va acercando el viajero reconoce en ellos las troneras para cañones, que como el orden de redientes, lunetas y bolas, sustituyeron el antiguo sistema de fortificación con el moderno de Vaubán. Plaza fuerte fronteriza desde el segundo tercio del siglo XII, Ciudad-Rodrigo hubo de estar siempre apercebida á la defensa contra muchos enemigos, principalmente contra los portugueses.

Pero si por este lado se contempla la plaza que tanta celebridad adquirió en 1810 resistiendo á la numerosa y potente artillería de Massena durante tres meses, ofreciendo un aspecto melancólico de tristeza y abandono; cuando se da la vuelta hacia las risueñas y pintorescas orillas del Águeda, cambia el panorama totalmente de carácter. El terreno, que desciende desde el famoso teso de San Francisco, donde emplazaron los franceses sus baterías, hace parecer más alto cada vez el muro y los edificios que escasamente se alcanzan á ver desde abajo, y al llegar al puente, desde el cual veremos arrojado al río el más antiguo resto del lugar en el humillado verraco, tendremos de repente ante nuestra vista la Ciudad-Rodrigo del siglo XIV, que tal cual se contempla desde allí, no debió variar gran cosa de la del siglo XII, pues que los muros son los de la fundación; la puerta de la Colada sería parecida, si no igual, y en cuanto al Alcázar sólo diferiría en la elevación de su cuerpo principal, que Enrique II reconstruyó en 1374. Era este frente en la época de la repoblación y fortificación de la antigua Aldea Rodrigo el más necesitado de defensa, pues por este lado eran de esperar las acometi-

das de los musulmanes de la Extrema dura meridional y aun de los castellanos y portugueses. El río la ceñía, más estrechamente que hoy, lamiendo la base del extenso risco sobre que se cimentaron sus muros, sirviendo de ancho é impracticable foso el extenso lecho del Águeda; y así en la puerta abierta, trazada y defendida con todas las precauciones militares necesarias, previstas en la poliarcética de la época, como en el vasto recinto que comprendían las defensas del Alcázar, se acumularon los mayores medios de resistencia.

Fernando II, que fué quien contuvo las ensoberbecidas codicias territoriales de los portugueses, cuya independencia sólo unos veinte años antes había sido reconocida por el Papa, fijó para siempre, hacia 1160, la frontera de los dos Reinos, realizando un plan de fortificación de que era Ciudad Rodrigo el elemento más principal, por su situación geográfica. Dispuso la de la ciudad con gran acierto, trazando la línea de sus murallas á orillas del río en escarpa á pico sobre él, cerrando el paso á las invasiones del Mediodía. Y si entonces no construyó un alcázar de las proporciones que tuvo luego el de Enrique II, seguramente levantó obras de defensa adyacentes á la fuerte puerta de la Colada, que parece de su época en sus elementos fundamentales. Al poniente, frontera al camino de Portugal, levantó la Catedral con su torre gorda, su recinto, la adyacente plaza de armas y el alcázar del Conde, junto á la otra puerta estratégica.

Consérvase, como he dicho, entero y bien conservado el muro de hormigón arábigo, no del antiguo hormazo, que encierra en redondo á toda la ciudad y que aquí, como en Medina del Campo y en Alcalá de Guadaira y en otros muchos puntos, muestra una cohesión tal, que ha resistido, mejor que los más fuertes sillares, la acción del

tiempo. No es uno de los paseos menos interesantes el que se puede dar recorriendo todo el adarve dando la vuelta á la ciudad, y pocas habría, si hay alguna, que faciliten la contemplación desde la altura de la muralla de un brillante y risueño paisaje con las frondosas alamedas, á cuya conservación ya procuraban las curiosas Ordenanzas municipales del siglo XV por un lado, de curiosos edificios, casas y palacios de varias épocas, plazas y calles de la población, por el otro.

En conjunto, así por dentro como por fuera, Ciudad-Rodrigo ofrece al artista, más ó menos arqueólogo, el curioso é interesante espectáculo de una ciudad verdaderamente antigua, y aunque esta antigüedad, en muchos de sus barrios no pueda retrotraerse más allá del siglo XVI, aún puede el investigador, con ayuda de un poco de imaginación, encontrar rincones más antiguos, plazas y callejas, que tal cual están hoy, sin haber sufrido grandes reformas modernas, sobre poco más ó menos, así estarían en el siglo XV y aun en el XIV. Tal sucede si se entra por la puerta de la Colada, y ascendiendo por la pendiente calle que, quizá por su cuesta y estrechez debió dar nombre á aquélla, termina en la plaza Mayor, entre casas de carácter antiguo, más ó menos blasonadas, sobre todo, en las cercanías de la plaza.

Una majestuosa fachada de fines del siglo XV, con curiosas ventanas, ocupa una gran parte del lado izquierdo y al frente, delante del Palacio Municipal, obra del promedio del XVI, se ostentan las tres columnas romanas, acerca de las cuales tanto han discurrido los eruditos, y constituyen desde aquel siglo el blasón de la ciudad.

El Palacio de los Condes de Montarco, que ocupa quizá el solar del antiguo Alcázar del Conde, ofrece un ejemplar de exquisito gusto de los palacios de fines del XV. Los del Con-

de Canillero y otros, ofrecen íntegras muestras de los del XVI y XVII. Dos casas de un sólo piso, con la puerta de entrada en la esquina, nos recuerdan las de épocas más remotas. La antigua capilla ojival del Concejo, adyacente al Palacio Municipal, del XVI, nos habla de sus memorables deliberaciones, acrisoladas siempre por una ejemplar lealtad.

La iglesia de San Pedro, con sus ábsides de arcaturas de medio punto, de ladrillo; la larga, estrecha y sinuosa calle, que da entrada á la ciudad desde la antigua puerta del Conde, y otros muchos detalles que no menciono, completan la fisonomía de la ciudad, tan adecuada á los tiempos medios, tan cristalizada en aquella época, que ni la misma Ávila, ni aun Toledo, sólo Segovia, Tudela y Sigüenza pueden ofrecer en menor escala, pues que á Ciudad-Rodrigo no le ha consentido el rigorismo militar ú otras circunstancias las modificaciones de carácter modernísimo que todas esas ciudades han procurado.

Era simple aldea de Salamanca, y ya llamada Aldea-Rodrigo, sin duda del nombre de su inmediato señor, cuando el Rey de León, D. Fernando II, queriendo, como he dicho, fortalecer la frontera de su Reino, así contra los musulmanes, como contra los ensoberbecidos portugueses, proyectó establecer un sistema de defensas á entrambas orillas del Duero, sobre la base de la ya por entonces muy fortalecida Zamora y Salamanca. Consideró la posición de Aldea-Rodrigo como muy ventajosa para avanzada de aquel sistema, y esta opinión la confirmó con la valerosa resistencia que sus habitantes opusieron á la acometida que, mientras se construían sus muros, le dieron los musulmanes, hacia 1160, siendo rechazados victoriosamente por aquellas huestes concejiles, cuya historia brillante está aún

por escribir, y que, ayudadas por hombres pacíficos y mujeres valerosas, supieron cerrar los huecos que aún dejaba la fábrica de los muros, con útiles de labranza y menajes caseros.

Rápidamente debió crecer la importancia de Ciudad-Rodrigo, cuando D. Fernando se apresuró á crear la Diócesis independiente que, excitando la ambición de los salmantinos, ya resentidos de que el Rey hubiese segregado de su término á Ledesma y Aldea-Rodrigo para erigirlas en ciudad y villa de realengo, no podían ver con calma que á pocas leguas de su altiva Sede se erigiese otra, de ella en un todo independiente. Enconado y largo pleito surgió de esto, dando lugar al alborotado motín que, naciendo en Salamanca, ayudado por el antagonismo que en Ávila existió siempre entre mercaderes y nobles, hizo que unos y otros concurriesen á favorecer y contrarrestar el movimiento insurreccional, que en los campos de Valmurca tuvo sangrienta solución, con grave daño de los salmantinos, quienes, gracias á la magnimidad del Rey, quedaron, aunque vencidos, perdonados.

Fácilmente se comprende el interés con que en aquellos tiempos un Monarca, tan sagaz político como valeroso guerrero, pusiera empeño en crear nuevas Sedes, como la de Ciudad-Rodrigo, al lado de las relativamente antiguas de Zamora, Salamanca, y al mismo tiempo que amparaba y daba grandes alientos á las Órdenes militares de Alcántara y Santiago. Todo concurría al mismo fin: á la defensa de su Reino, amenazado de continuo por todas sus fronteras.

La organización de la sociedad castellana y leonesa, en aquel período crítico de la reconquista del territorio que no terminó hasta la memorable batalla de Las Navas, tenía por base esencial, aun en mucho mayor escala que en los siglos posteriores, el perpe-

tuo estado de guerra que se extendía á todas las esferas sociales. Muradas y defendidas por alcázares que dependían directamente del Rey, todas las poblaciones de alguna importancia, por su posición extratrgica sobre todo, tenían su hueste concejil y su torre del Concejo, ya en una parroquia, ya en la Catedral, como altas y fuertes torres completaban las casas fuertes de los ricohombres.

No hay más que echar una ojeada sobre las Catedrales y muchos de los templos parroquiales de los siglos XI y XII, sobre todo si se procura reconstituirlas en la forma en que se construyeron, para adquirir el convencimiento de que se procuró fuesen verdaderas fortalezas. Todas se encontrarán con alguno de sus miembros situado á *caballero* sobre el muro de la plaza, como dicen los tratados de fortificación. Así se ven las Catedrales de Ávila, de Lugo, de Sigüenza, de Zamora, y otras lo estuvieron, como la de León, la de Ciudad-Rodrigo, Salamanca y otros muchos templos como la Basílica de San Isidoro en León, la Colegiata de Toro, etc.

Como los Arzobispos de Santiago y de Toledo fueron algo así como Condestables eclesiásticos, con sus poderosas huestes y sus adelantados, construían y armaban galeras, como el Obispo Gelmírez, quien llamaba de Pisa al reputado ingeniero naval Fluxoni, para la construcción de galeras de alto bordo; así cada Obispo en su iglesia era como un Conde ó Gobernador militar eclesiástico en inteligencia con el Concejo, como prueba el documento más antiguo que de la constitución municipal se conserva en el rico y bien ordenado archivo de Ciudad Rodrigo, y es la carta de concordia entre los dos Cabildos, y como patentizan otros documentos posteriores en que aparece la torre fuerte de Santa María, esto es, de la Catedral, encargada siem-

pre al Concejo (1). Y esta tradición, conservada por tantos Obispos que combatían al lado de los Monarcas en la guerra contra los moros, perduró hasta la época de las Comunidades, si no ha continuado hasta nuestros días, y en la que tanto dió que hacer á los imperiales el turbulento é indómito Obispo Acuña con aquel batallón de clérigos tan evangélicos, que echaban la bendición con la escopeta antes de disparar, según relata un testigo ocular.

No he podido procurarme una planta del conjunto de la Catedral, por lo que me es difícil justificar, ni aun explicar á quien no la conozca, la disposición de las líneas generales de la primitiva construcción, que demuestran cómo fué un recinto bastante fuerte. El cuerpo ó buque de la iglesia, que se levanta sobre una cruz latina de tres naves con tres ábsides, se halla paralelo á la muralla de la ciudad, y el espacio comprendido entre uno y otra, ocupado hoy por el claustro, debió estar cerrado, constituyendo un patio ó plaza algo mayor que el que hoy se ve, cerrado en sus otros tres lados por una gran torre de planta cuadrada, adyacente al ángulo de la iglesia, á la que seguían las dependencias de ésta, donde en los primitivos tiempos hacían vida común los canónigos; un contramuro paralelo á la muralla formaba ángulo con estas casas, y delante de la imafrente Norte del templo cerraba con éste, dejando una gran plaza, en uno de cuyos ángulos se conservan todavía restos del primer cuerpo de un torreón.

Así en el conjunto como en los detalles todos de la fábrica del siglo XII,

(1) Es por demás interesante, entre otros muchos, el expediente en que se desarrolla en documentos originales el pleito entre el concejo y la Reina D.^a Juana, esposa de Enrique IV, resistiendo aquel con admirable entereza la entrega de la mencionada torre, cuya tenencia supo conservar siempre.

se ve el gran esmero con que se procuró realizarla. D. Fernando II, de quien dicen los documentos coetáneos que tuvo gran afición á edificar, la dejó bien justificada en este como en otros muchos monumentos. La calidad y labra de los materiales, el replanteo y construcción, la riqueza en la ornamentación, prueban el gran empeño con que Fernando II proyectó y llevó á cabo ó dejó casi terminado este monumento. Favorecióle su época, el hallarse en aquel período, que fué quizá el más interesante de la Edad Media, bajo el punto de vista arquitectónico, por los problemas técnicos que en él quedaron resueltos, por el carácter decisivo que tomó el estilo ornamental, abandonando resueltamente las ya caducas formas bizantinas, y comenzando á inspirarse en ideales más aproximados á la verdad, en la observancia de la naturaleza, en fin, por la grandiosidad y amplitud que se logró dar á los templos, como consecuencia del cambio radical en los sistemas arquitectónico y artístico.

Aquí debiera ingerir algo acerca del proceso Cluniacense en España, de la influencia que la Orden monástica fundada por San Benito tuvo en la civilización en los siglos XI y XII, principalmente en la esfera de las artes en Europa. De las rectificaciones que la crítica moderna ha hecho, en los últimos veinte años, á los exclusivismos de Viollet-le-Duc, y algunos otros en Francia, pero ni caben en el relato de una simple excursión, ni vosotros soportaríais una disertación, muy documentada, pero excesivamente pesada, que tendría que comenzar por el estudio de los orígenes del estilo románico.

Debería también decir alguna cosa de aquel curiosísimo incidente que en la historia del arte de la Edad Media promovió el turbulento reformador de la Orden Benedictina, anatematizando

el lujo artístico Cluniacense en términos tan acerbos y tan crudos, que parece, al leer su famosa epístola, tener ante los ojos el bilioso desahogo de un enciclopedista del siglo pasado: algo de la réplica sentida y brillante del ilustre abad Sugerio, en defensa de los esplendores arquitectónicos y litúrgicos de la misma Orden, y de los argumentos que entrambos aducían apoyando sus tesis respectivas en textos sagrados irrecusables. Todo ello constituye un curioso capítulo histórico de los siglos medios, en el que se asiste á la lucha de intereses políticos y sociales, defendidos y atacados con un brío y una brillantez y un arrojo que son los mismos que en todas épocas han promovido y llevado á término las variadas fases de la eterna evolución política y social de la humanidad.

Resultado de la reforma realizada en la Orden Benedictina por Bernardo, abad de Claraval, el melifluido San Bernardo, como le llaman los cronistas españoles del Císter, fué la radical divergencia en los estilos ornamentales de los templos Cluniacenses y Cistercienses.

Pero no pudiéndome extender á tratar de la historia de esta crisis en España, me limitaré á consignar ahora que desde que D. Sancho el Mayor, Rey de Navarra, se apasionó por la Orden Benedictina francesa, hacia el último tercio del siglo X, la influencia de los monjes de Cluny arraigó poderosamente en su Reino, extendiendo su influencia con tanta rapidez, que, á poco, habían constituido en Sahagún el Cluny español, como así le llaman el Papa, los abades y Reyes. Fernando el Magno y Alfonso VI, muy especialmente, no podían vivir sin los monjes de Cluny. Abad de Sahagún era el primer Arzobispo de Toledo, después de la reconquista, D. Bernardo; de Francia procedía y monjes Cluniacenses trajo consigo para varias de las

Diócesis que por entonces ó se formaron ó se transformaron. El P. Mariana trae una larga lista de ellos. Monjes Benedictinos vinieron á Zamora, á Toro y Ciudad-Rodrigo, no sólo á regir sus iglesias sino que también á constituir sus Cabildos, haciendo vida conventual algo más severa que la de las posteriores colegiadas, como que en ellas se observaba la regla de San Benito, según ha demostrado el señor Fernández Duro en su hermosa obra *Memorias históricas de la ciudad de Zamora*. El mismo hecho se repitió en Ciudad-Rodrigo. ¿No habrían de ser los maestros que entendían en la construcción de los templos, clientes, hermanos, discípulos de los monjes? Para la Catedral en que me ocupó, se sabe que de Zamora vino el maestro de la obra Benedicto Sánchez, con los auxiliares necesarios.

Contaba, pues, D. Fernando con todo el caudal acumulado en las academias artísticas Cluniacenses para la realización de las obras arquitectónicas que en sus Reinos realizó, y así en Santiago (donde también los Benedictinos predominaron siempre con su espíritu), como en Ciudad-Rodrigo, influyó poderosamente la forma artística llevada ya á la perfección en otras regiones.

¿Puede decirse, sin embargo, por todo esto, que la Catedral de Ciudad-Rodrigo sea un templo de carácter señaladamente exótico? En mi concepto, de ningún modo.

En primer lugar, los dos hechos, comprobados suficientemente, de haber pedido Abderramán al Rey de Galicia arquitectos cristianos para sus palacios de Medina Azahara y haberse incluido en tratados de paz y alianza entre Carlo Magno y los Emires musulmanes de Zaragoza cláusulas por las que se obligaban éstos á facilitarle maestros de obra del país, demuestran que en el arte de la construcción, por

lo menos, habían dejado los romanos fructífera semilla. La facultad de asimilación y, por decirlo así, de traducción, fué siempre distintivo especial de las razas ibéricas, y entre las influencias verdaderamente orientales que de Bizancio y de Italia llegaban por las costas de Levante, y las arábicas, por el Mediodía más adelante, todo aquí tomaba un carácter peculiar, que no he de detenerme en analizar.

Los planos y alzadas de las Catedrales del Norte se alteraban esencialmente al proyectarse en la Península, cediendo á las exigencias del clima, á las necesidades de la vida social, más turbulenta y azarosa aquí que en otros países, sobre todo hasta fines del XIII. Ahí tenéis la Catedral de León, único ejemplar de Catedral francesa que creo exista en la Península, y aun en ella me parece recordar haber leído que, á poco de construída, hubo que tapiar buena parte de su ventanaje, y en nuestros días he oído quejarse á algunos canónigos de ella del exceso de huecos que todavía conserva.

Más determinadamente se ve este fenómeno de modificación en la parte ornamental y en la puramente escultórica. La iniciativa de los artistas de la Península pasó siempre por encima de la estrechez de ciertos cánones, y con razón lo reconocen así los críticos extranjeros modernos, prodigando á cada paso el epíteto de *español* á muchas obras de arte de todas épocas.

Es, pues, la Catedral de Ciudad Rodrigo uno de los monumentos más interesantes para el estudio de la historia del arte que del tesoro arquitectónico que nos legaron los siglos medios queda en la Península, y, sin embargo, es también uno de los templos menos conocidos y estudiados, quizá porque en los itinerarios *oficiales*, por decirlo así, que las guías del viajero, extranjeras y españolas, trazan para uso de desocupados y aburridos, no

figura Ciudad-Rodrigo, como suponiendo que por el Occidente central de España, el Museo arquitectónico de sus antiguas tierras termina en Salamanca, cuya vocinglera historia zumba en los oídos desde que comenzamos á pisar los umbrales de las aulas. Pero Zamora, Toro, Ciudad Rodrigo, satélites secundarios del astro rutilante en los compendios históricos, quedan inadvertidos y, lo que es peor, ignorados de todo punto, aun para muchos que se precian de diligentes investigadores.

No es mala sorpresa la que aguarda á algunos—pocos serán—de los que entre estos últimos pueden con razón alardear de devotos admiradores del arte medioeval, al levantar los ojos y mirar la *theoria* de personajes bíblicos é históricos que, bajo correcta y elegante arcada, parece vigilar la entrada meridional del templo Catedral de Ciudad Rodrigo.

Aquella imafrente severa y sobria, sin más accidentes en su paramento, de aparejo mediano y simpático matiz dorado, que las dos pilastras ó contrafuertes entregados en el muro, rematados por rudimentarios pináculos, y la claraboya de primitivo rosetón; aquel profundo y elevado arco de descarga que cobija la portada, de plena cimbra, arco abocinado y sencillas arquivoltas; las cuatro imágenes del tímpano, y la arquería nombrada, le dirán que se halla en presencia de uno de los escasos monumentos de su especie que tenemos casi íntegro en España; del período llamado ya antonomásicamente de Transición. De una unidad, que en sus miembros primitivos sólo aparece quebrantada en el presbiterio y en la postiza capilla del Pilar, seduce y encanta desde las primeras miradas por su carácter general esencialmente Cluniacense, pero con un estilo ornamental que ostenta un sello de marcadísima personalidad en toda

la parte escultórica, y sobre todo por el colosal resultado obtenido por el autor del replanteo y de la obra, quien en una época en que todavía se andaba á tientas quizá para resolver el problema de las elevaciones y de los empujes, logró levantar muros que á 94 pies de altura pudiesen soportar bóvedas de crucería de 28 pies de ancho sin más amparo que ligeros estribos ó contrafuertes que, en mayor escala, necesitaron los arquitectos románicos para contrarrestar, no siempre con buen éxito, los empujes de las bóvedas de medio cañón y por arista, ni mucho menos los arcos botareles que los arquitectos del siglo XIII juzgaron indispensables para sostener muros y empujes de naves de igual altura que la real del templo de Ciudad-Rodrigo. Causa asombro y admiración esa esbelta y majestuosa nave, apoyada tan solo en sus costados en los nervios y cascos de las bóvedas de unas naves laterales, cuya elevación de 22 pies se calculó con tan sabia previsión que excusó el refuerzo de estribos, con tanta elegancia y donosura que, á pesar de la robustez de sus machones, el cálculo de las proporciones en las líneas y en los gruesos ha dado por resultado un conjunto de diafanidad que sólo se habrá podido apreciar cuando no existiera el estorbo del coro en su centro. Y en cuanto á su solidez y resistencia no hay más que verla una vez para apreciarlas; incólumes están en su trabazón, ejecutada en variado trazado, los sillarejos de sus bóvedas, íntegros é incommovidos sus nervios, aplomados correctamente sus enormes pero esbeltos pilares, y si alguno se desvió levemente de la vertical á impulsos del terrible terremoto del siglo pasado, si en alguna bóveda se notan ligeros desperfectos, éstos mismos atestiguan la incommovilidad de una obra que arrostró sin menoscabo las furias sísmicas que arruinaron á Lisboa, y

la nube de proyectiles del mariscal Ney, cuyas honrosas cicatrices ostenta hasta en los muros de su fachada de Poniente.

Pero con ser tan realizada la perfección de su parte puramente arquitectónica, á que no llegan ni con mucho otros templos de su fecha misma, vecinos y harto más celebrados, lo que más lugar da al entusiasmo y admiración del artista es el nutrido conjunto de obras esculturales que profusamente lo decoran. La estatuaria y la ornamentación constituyen un verdadero museo que á su condición de pertenecer á un estilo muy determinado reúne la de ofrecer, como hemos dicho, un carácter personal de mucha originalidad. ¡Lástima grande que á la Catedral de Ciudad-Rodrigo no se le haya descubierto, entre sus imágenes, como al Pórtico de la Gloria de la basílica compostelana, *su maestro Mateo!* Acaso con mayor motivo que á éste podrían acudir á él los ansiosos de mejorar de chirúmen dándose de calabazadas con su impasible cabeza.

Nada sabemos acerca de los artistas que labrasen la parte ornamental. Si las memorias de los maestros de la obra abundan ya en enterramientos, ya en cuentas y contratos, acerca de los mazoneros y entalladores de la piedra, escasas son las noticias que han llegado hasta nosotros. Pero, así los que en Ciudad-Rodrigo se dedicaron á tallar la flora y la fauna ornamental como el imagenero ó escultor, ostentan un estilo muy original.

El escultor de los capiteles de la Iglesia, que ascienden próximamente á trescientos, sobre todo de los capiteles de los pilares y de las ventanas bajas, poseía una fecundidad prodigiosa en las combinaciones de líneas y en la composición de asuntos, así como una corrección maravillosa en el modelado y en el dibujo de la flora y de la fauna fantástica, que contrasta so-

bremanera con el carácter puramente bizantino é incorrecto que presentan las partes propiamente iconísticas de sus capiteles. No cabe mayor elegancia, mayor variedad, ni mayor perfección técnica que las que se admiran en sus tambores ya de silueta puramente corintia, ya de hechura clásicamente románica de la primera mitad del siglo en que los galones perlados se entrelazan en graciosa combinación sobre fantásticas y picadas hojas, ó en que entre un laberinto de follaje de grueso contorno y robustos tallos aparecen las extrañas representaciones de aquella fauna que á veces presentaba reunidos los caracteres fisiológicos de dos ó más géneros. Tal vez se encuentren más de una y de dos muestras del nuevo estilo que iba en breve á dar carácter al primer período ojival, afectando extraordinaria corrección y sobriedad en la composición de los asuntos puramente vegetales y estudiados directamente en el natural, carácter enteramente opuesto al primitivo estilo románico, de que tan valiosos ejemplares vemos en Silos. Y no cabe decir que tales capiteles puedan ser de diversa época. Cuando los signos lapídeos que cuidadosamente he recogido, desde los primeros sillares de los machones, hasta las últimas dovelas de los arcos torales, no apoyasen con su uniformidad de estilo esta deducción, bastaría observar que los capiteles de estilo más arcaico pertenecen, ya á los pilares de la nave real, ya á los de los arcos formeros, y que lo mismo puede decirse de los capiteles de época intermedia y de los más modernos. Y es que el escultor de estos capiteles parece como que se propuso hacer mofa de aquellas enérgicas excomuniones que un siglo antes se lanzaron por el fogoso reformador de la orden Benedictina contra los que consideraba excesos suntuarios en los edificios Cluniacenses. Parece como que pro-

testó prodigando en el interior del templo y en los lugares más visibles de él las representaciones iconísticas y las riquezas de ornamentación tan acerbamente proscriptas por San Bernardo y odiadas por los Cistercienses, pero tan elocuentemente defendidas por el ilustre abad Sugerio. Por otra parte, quiso ostentar su extraordinaria pericia y su amplio criterio artístico trabajando con igual perfección en los tres estilos que, á la sazón, en aquel período de evolución, y casi podríamos decir de revolución artística, vivían en pugna, dejando olvidado, por supuesto, y como despreciativamente, el estilo que los Cistercienses hacían observar, á los entalladores españoles sobre todo.

El ensañamiento, digámoslo así, con que en las naves de este templo se ostentó la aversión al estilo Cisterciense, es verdaderamente notable. Creemos que la profusa imaginería que puebla las bóvedas, en claves, ménsulas, remates, así como en los capiteles de las ventanas altas, no sea obra del autor de las estatuas, que parecen asegurar el arranque de las nervaduras; pero así y todo, tienen en su incorrección, y muchas de ellas en su apostura, un aspecto de arrogancia y de provocación, que traen á la memoria el enconado antagonismo que por más de un siglo perduró entre los monjes negros y los monjes blancos.

Pero si la parte puramente ornamental puede dar lugar á suponer que en ella entendió algún escultor aleccionado por las enseñanzas Cluniacenses, que tantos y tan espléndidos monumentos habían producido en el transcurso del siglo en Francia, en Italia y aun en otras regiones de España, la ornamentación que acompaña á las nervaduras, el corte de éstas, y más que nada el sistema de cerramiento de las bóvedas, delata bien á las claras que el maestro Benedicto Sánchez tra-

bajó fructuosamente en la solución del abstruso problema, resolviéndolo en las capillas ó tramos de la nave real, aparejándolas en anillos concéntricos sobre arcos de refuerzo, sistema inmediatamente sucedáneo del empleado en las cúpulas, ya mandadas retirar, empleando en las naves menores el sistema de plementos normales á los nervios diagonales, que era otra fase de las primeras pruebas que los normandos realizaron, generalmente con éxito satisfactorio, para sustituir las antiguas cubiertas de maderamen, de bóveda por arista de medio y de cuarto cañón y de cúpula, con algo más ligero, más sólido y que permitiese dar mayores proporciones á las naves.

FELIPE B. NAVARRO.

(Concluirá.)

La Sociedad de Excursiones en acción.

Visita al Laboratorio de los Ingenieros militares.

COMO el objeto de esta Sociedad es visitar y conocer cuanto de hermoso y útil tenemos en España, y que es bastante más de lo que generalmente se cree, dedicamos la mañana del viernes 15 del pasado mes para conocer el Laboratorio que tiene el Cuerpo de Ingenieros militares en la calle de la Princesa, donde antes estuvo el Hospital militar. Formamos parte de la expedición, que terminó con un animado almuerzo, los excursionistas Cánovas del Castillo y Vallejo, Coll, García de Quevedo y Concellón, Herrera, Ibáñez Marín, Igual, Lafourcade, Lafuente, Lampérez, León y Ortiz, Conde de Polentinos, los dos hermanos Portilla, Poleró, Rodríguez Mourelo, Serrano Jover, Silva y el señor Presidente, que fuimos agradablemente recibidos por el coronel D. José Marvá, quien tuvo la bondad de acompañarnos por todas las dependencias de dicho laboratorio, explicándonos el uso de cada

cosa, y haciendo funcionar varias máquinas para que nos formáramos clara idea de todo.

Es D. José Marvá autor de varias obras científicas sobre vías férreas y construcción, alma del nuevo establecimiento, debiéndose á sus iniciativas gran parte de lo hecho, así como al paso por el Ministerio de la Guerra del General Azcárraga.

Consta el edificio citado de tres cuerpos, uno de los cuales está destinado á la producción de electricidad para mover, alumbrar y hacer toda clase de experiencias en cada una de las instalaciones, usando de ella ya para obtener los rayos X, ya para conseguir una fuerza de tensión capaz de cien toneladas. La dinamo está movida por un motor de gas de cuarenta caballos de fuerza, y está todo completado por una instalación de acumuladores Tudor.

En la parte principal del edificio vimos la Sección fotográfica con un ingenioso aparato para calcular las exposiciones, debido al capitán Sr. Soriano, que, junto al coronel antes citado, al comandante Moreno y á los capitanes Del Río y Montoto, nos fué explicando el objeto de aquellos aparatos, entreteniéndonos en ver al microscopio cortes de roturas y un fragmento de billete de Banco, así como algunas ampliaciones, que se pueden hacer hasta de 2.000 diámetros. El Gabinete eléctrico es muy curioso, como el Depósito de herramientas, modelos y el destinado á radiografía, donde efectuamos algunas experiencias con los rayos Roethgen.

Vimos la sala de balanzas, la de hornos y muflas con sus alambiques, hornos de incineración y estufas, el Laboratorio químico, en el que nos llamaron la atención los tableros de las mesas, hechos de "lava esmaltada", substancia inatacable á todo reactivo. Después visitamos la Sala de cementos, donde se prueban éstos de todos los modos imaginables; la cámara húmeda, donde están en remojo desde un

día á cuatro años; la máquina heladora, capaz de un enfriamiento de 40° bajo cero; otra máquina de serrar piedras, de Amsler, y una de desgaste, de Dijeón, ambas curiosos modelos; otra Sala de mediciones volumétricas, y por fin, el gran taller de maquinaria, donde se hacen mechas, se prueban materiales, se prensan, tuercen, estiran, martillean, taladran, doblan y fraccionan desde gruesas barras de acero hasta ligeras tiras de papel. Allí vimos á una máquina Falcot quebrar una cadena como las usadas en el anclaje de los buques.

No es posible reseñar breve y detalladamente todo aquello. En aquel centro modelo de organización pasamos agradablemente entretenidos más de dos horas, convenciéndonos de la utilidad y belleza de tanto mecanismo, en cuya fuerza y precisión esté quizá encerrado todo el arte y toda la historia de este siglo.

I.

SECCIÓN OFICIAL

Obligado por sus muchas ocupaciones, ha dejado el Sr. Conde de Cedillo la dirección de este BOLETÍN, que con tanto amor ha ejercido cerca de cinco años, mereciendo el aplauso unánime de sus consocios. Gracias á sus inteligentes esfuerzos y á los que hizo, con tanta tenacidad y acierto, D. Adolfo Herrera en la época de su fundación, ha llegado nuestro periódico á la altura en que se encuentra.

Ambos nos han prometido su valioso y sincero apoyo, y esto es lo único que puede dulcificar algo nuestro sentimiento al verlos alejados del trabajo cotidiano.

LA REDACCIÓN.

EXCURSIÓN Á ALCALÁ

Se realizará el domingo 14, en las condiciones siguientes:

Salida de Madrid, á las 9 mañana.

Llegada á Alcalá, á las 10,28 íd.

Salida de Alcalá, á las 6,31 tarde.

Llegada á Madrid, á las 7,58 íd.

Monumentos que se visitarán: Archivo, con el salón de Concilios, etc.; Magistral; Universidad, etc.—Cuota, 10 pesetas, en que va incluido billete de ida y vuelta en segunda, almuerzo, café y gratificaciones.

Los señores excursionistas que deseen asistir, pueden presentarse en la estación quince minutos antes de la salida del tren.